

HECHOS Y GLOSAS

AZORIN HA MUERTO

Ignacio Martín Baró, S. I.

El pasado 2 de marzo, a las nueve de la mañana, moría José Martínez Ruiz, "Azorín", último vestigio de la generación del 98, a la que él mismo había dado nombre.

¿Morir Azorín? Yo diría más bien que se apagó la llama de su vida. "Cuánto tarda la muerte en llegar", exclamaba pocas horas antes de su fallecimiento. Su muerte fue un último remansarse de su espíritu en Dios, de ese espíritu sobrio y señero, tan querido para todos los que tuvieron la dicha de conocerle. Nos habíamos acostumbrado a ver a Azorín, anclado en su casa de la calle Zorrilla del viejo Madrid, como una pervivencia de paz, de señorío, una de esas figuras que con sólo su estar bañan el ambiente de una paz sedante. Para mí, la figura de Azorín era la encarnación del anciano de su "Castilla": "Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más fecundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada en la mano."

¡Qué serenidad emanaba de Azorín! Luis Rosales añoraba, como la última lección del maestro, ese mirar hondo y claro: sus ojos —nos dice— se encontraban abiertos ante el mundo —sencilla y simplemente abiertos— y tú formabas parte de su mundo. Mirar de un hombre que a lo largo de toda su vida mantuvo firme una línea de integridad personal, de insobornable honradez. Porque Azorín fue un caballero a carta cabal, de presencia iluminadora. Junto a él no cabían las posturas solapadas, ni las actitudes fingidas. Azorín sabía despertar en uno los ecos de una caballerosidad cristiana. Qué de extraño que a su pluma asomaran ignotos Quijotes y Dulcineaas, hidalgos y damas del siglo XX! El espíritu de Azorín, acodado en sus ojos claros de levantino, tenía la virtud de desempolvar olvidados personajes, revalorizando su despreciada cotidianidad —a la manera como desempolvó tantos viejos textos, en su infatigable rebuscar por antiguas librerías de Madrid y París. En verdad, Azorín fue el "caballero andante del sol", como atinadamente le ha llamado Gonzalo Fernández de la Mora.

Se nos dirá que Azorín fue un incomprometido. Puede que sea cierto, pero nada de ello mengua la grandeza de este espíritu fino. Azorín no fue un político, aunque rompiera en ese campo sus primeras armas juveniles. Su grandeza de espíritu sabía pasar sobre mediocridades y deficiencias, y su palabra sabía encontrar siempre el punto alentador. Y es que Azorín conservó toda su vida la admiración sencilla del niño, para quien las cosas empiezan a ser nuevas cada momento. "Yo quiero ver todas las mañanas cómo las puntas de las lejanas montañas se ponen de color de rosa; yo quiero ver por las noches las luces misteriosas de las estrellas", escribía en 1907. Azorín sabía darse a todos. Prodigaba la alabanza, pero no por conveniencia, sino por generosidad. La mezquindad es algo que nunca tuvo cabida en el ser de Azorín. Tal vez por eso supo descubrir en los acontecimientos y obras más triviales matizadas insospechados para los demás.

Azorín fue fundamentalmente un escritor. Escritor a ciencia y conciencia, lejano a todo "dilettantismo" al que, por desgracia, se nos tiene tan acostumbrados en la actualidad. Escribir era para él su vivir. Diriase que era escritor por esencia, y tal vez por ello supo hallar la esencia del escribir.

El castellano, si hoy en día es muy otro del que era, se debe a la impronta de Azorín. Nada de párrafos engolados, de retórica altisonante. Escribir es "poner una cosa detrás de otra; nada más". Y nada menos. El estilo de Azorín aparece a los ingenuos como fácil. En realidad, es una consecución de profunda maestría. Como impresionista literario, su pincelada es visible, superficialmente espontánea, aparentemente intuitiva, pero, en el fondo, implica un poderoso esfuerzo de depuración. Hasta su gusto por la revalorización de viejos vocablos se nos antoja una técnica trabajosa —una difícil facilidad.